

## UNA VEZ MÁS SOBRE EL CAPITALISMO Y LA SALUD. ONCE TESIS Y UNA CONSIDERACIÓN COYUNTURAL\*

\*Rubén Zardoya Loureda

\*Lic. en Filosofía por la Universidad de Rostov del Don, URSS (1983) y Doctor en Ciencias Filosóficas por esta universidad (1987). Ex rector de la Universidad de La Habana (UH). Autor de cinco libros, más de cincuenta artículos científicos y más de sesenta ponencias en eventos científicos nacionales e internacionales. Premio de la Crítica por el libro *La filosofía burguesa posclásica*, y como coautor, Premio Anual de la UH al mejor resultado de investigación en la esfera de la cultura por el libro *Yemayá a través de sus mitos*; Premio del Ministro de Educación Superior al resultado de investigación de mayor impacto en la educación superior por el libro *Teoría sociopolítica*. Premio Anual de la UH al Profesor Integralmente Más Destacado.

Recibido: 26 de noviembre de 2020

Aceptado: 30 de noviembre de 2020

1. A ojos vistas, el mundo actual, el espacio lógico e histórico construido por los seres humanos, se ha convertido en una gigantesca *formación social capitalista*, es decir, en un todo más o menos orgánico de relaciones económicas, políticas, sociales, culturales, signadas por la contradicción entre el capital y el trabajo y determinadas, en esencia, por la *ley de producción de plusvalía*. Más allá de toda relativa independencia, en este organismo, cada órgano (sistema, subsistema, institución, organización, forma de pensamiento y de actividad práctica) constituye un momento inseparable de la totalidad, condicionado por ella.

2. La salud, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), es entendida como “*un estado de bienestar físico, mental y social completo*”, y la *enfermedad es la ausencia de este estado*; ambas constituyen momentos orgánicos de toda formación social, incluida la capitalista, tanto si se la considera a escala nacional como transnacional. Ello significa que, en tanto realidades sociales, la salud y la enfermedad sólo pueden ser correctamente pensadas, y atendidas, cuando se correlacionan con la totalidad de los momentos de esta formación, en particular, con su forma de producción dominante: *el modo de producción capitalista*.

3. Un rasgo distintivo de toda formación social donde domina el modo capitalista de producción es la conversión progresiva de todo lo existente, incluida la fuerza de trabajo, en una mercancía, y la consecuente fetichización de las relaciones mercantiles. La salud pública no escapa a esta determinación sustancial. En lo fundamental, en toda sociedad capitalista, los servicios de salud constituyen una mercancía, un objeto de compraventa con igual dignidad que un alfiler, una estufa o un automóvil. Allí donde estos servicios logran escapar de los mandatos y veleidades del mercado, ello significa que el capitalismo, como modo de producción, distribución, intercambio y consumo de la riqueza social, aún no se ha asentado o se ha visto obligado a retroceder ante el empuje de las fuerzas contrahegemónicas, en particular, de las fuerzas organizadas del trabajo.

4. De manera análoga, la formación social capitalista se caracteriza por la *disociación entre los trabajadores y los medios de producción* de bienes y servicios o, con otras palabras, por el hecho de que los principales medios de producción se concentran en las manos de un grupo relativamente reducido de individuos: los capitalistas y sus familias. Se trata de una disociación violenta, sustentada en el derecho (la voluntad de la clase capitalista erigida en ley), sus magistra-

dos, tribunales, cárceles, policías y soldados.

Los servicios médicos, entendidos como una forma específica de la producción social, no son ajenos a esta circunstancia. Las condiciones más adecuadas para ofrecer los servicios de salud de carácter curativo se concentran en manos privadas, en espacios de atención médica enteramente regidos por las leyes del mercado, donde la salud y la vida tienen un precio que oscila según los vaivenes de la oferta y la demanda. Insistamos en que allí donde este imperativo no se hace valer, no se han establecido o han sido desplazadas las relaciones capitalistas de producción.

5. Quizá el rasgo decisivo del modo de producción capitalista sea la existencia de una ley férrea, la *ley de producción de plusvalía*, que constituye un regulador absoluto de las relaciones entre los seres humanos. Esta ley entraña lo que en la ciencia económica, política y social se conoce como *explotación capitalista*: apropiación de trabajo ajeno en la forma de expropiación, por parte del capitalista, de la plusvalía producida por los trabajadores. Ello significa que, en el universo de la producción social (material y espiritual), sólo tiene derecho a la existencia aquello que produce o contribuye a producir plusvalía. En la esfera de la salud, únicamente adquiere cartas de ciudadanía aquel tratamiento médico, aquella campaña de higienización o aquella inversión en nuevas tecnologías destinadas a la curación o prevención de enfermedades que, de una u otra forma, garantizan la continuidad del proceso de producción de plusvalía. Tomamos en consideración que, en la sociedad capitalista, toda forma de valor, incluida la que eventualmente invierte el Estado en la salud pública, constituye una forma metamorfoseada (transformada, transfigurada) de la plusvalía: del valor producido por los trabajadores asalariados, entre ellos, los de la salud, por encima del valor de su fuerza de trabajo.

6. La referencia que hemos hecho a la produc-

ción de nuevas tecnologías médicas nos coloca ante el problema del papel de la ciencia en la sociedad capitalista. Desde mediados del siglo XIX, *el capitalismo convirtió la ciencia en una fuerza productiva*, y hacia finales de ese siglo e inicios del XX, con la configuración y consolidación de gigantescos monopolios de la producción y los servicios, la transformó en su principal fuerza productiva, en una esfera privilegiada de la inversión de capital, sometida, como todas las restantes, a la ley de producción de plusvalía: como norma, se investiga y se transforma en tecnología aquel conocimiento científico que es capaz de aumentar la ganancia capitalista (la plusvalía). No hacemos referencia, en este caso, a la avaricia de los científicos e ingenieros, y ni siquiera de los capitalistas financieros; como el pez necesita de oxígeno en el agua, el capital requiere de plusvalía para respirar. Si la inversión en sales de rehidratación para cientos de miles de niños que mueren por diarrea anualmente en el mundo no resulta “rentable” (no produce plusvalía), el régimen capitalista de producción se encuentra imposibilitado de producirlas. Se producirán, en cambio, con un precio de decenas de miles de dólares, cuantos microchips implantables demande el mercado para clientes adinerados sordos.

7. El régimen capitalista de producción descansa sobre un barril de pólvora: la oposición flagrante entre *el carácter social de la producción* y *la forma capitalista privada de apropiación* de la riqueza producida. Desde una perspectiva social, la consecuencia principal de esta oposición escandalosa es la *polarización de la riqueza y la pobreza*, lo cual se traduce como contradicción antagónica entre el sobreconsumo despilfarrante de unos pocos y un subconsumo que atenta contra la salud física y mental e, incluso, contra la supervivencia de importantes sectores de la población mundial, incluida la de los países del llamado capitalismo desarrollado.

8. La irracionalidad del sistema capitalista se

expresa de forma aguda en lo que ha sido llamado *superproducción relativa de población*, cuyas expresiones más fehacientes son el ejército industrial de reserva y, en nuestros días, la marginalidad. Se trata de sectores crecientes de seres humanos “superfluos” para la lógica implacable del modo capitalista de producción y quienes, sin ser consultados, son lanzados a la aventura de la vida en sociedades en las que sobran, sin trabajo, seguridad social ni tarjetas de crédito. Ni educación. Ni salud. Ni posibilidades de una vida decorosa.

9. Ocurre aquí como con el aprendiz de brujo que halló una fórmula mágica para dar vida a una escoba con la finalidad de llenar de agua un gran depósito y, no obstante, amenazado por la fuerza incontrolable de las aguas que se le vinieron encima, no logró encontrar la fórmula inversa que la detuviera. El régimen capitalista de producción desata fuerzas poderosas que luego resulta incapaz de controlar y se convierten en potencias autónomas y hostiles que dominan a los seres humanos que las producen. Es lo que se conoce como *enajenación*. El caso de los avatares de la ciencia y la tecnología modernas y contemporáneas es elocuente.

10. En el plano de la cultura y la vida espiritual (no solo religiosa), tanto en las formaciones sociales capitalistas relativamente autónomas como en la llamada “aldea global” (la formación social capitalista universal), es ostensible el *dominio del capital sobre los restantes valores* (éticos, estéticos, científicos, filosóficos, mitológicos, religiosos, jurídicos, políticos), a los cuales supedita, aplasta o prostituye. “Capitalistas nobles”, filántropos y sociedades benéficas por aquí; poetas que aún sueñan con alcanzar el Parnaso y científicos empeñados en reinventar la inteligencia humana, por allá; reyes y presidentes que por acullá se esfuerzan por redistribuir los panes y los peces entre los sectores más humildes de la población; ninguno de ellos logra ocultar la

lógica impúdica del capitalismo, ni desprenderse de la coerción de los números, las cuentas, los límites que impone la valorización del capital. No lo logran ni canciones de amor ni libros de autoayuda, ni vikingos ni zombies, ni padrenuestros ni avemarías: a través de todas estas producciones espirituales, se abre paso una condición *sine qua non* del capitalismo: la *hegemonía burguesa*, el consenso de los dominados con la dominación, el liderazgo ideológico y moral de la clase capitalista, cuya ideología puede resumirse en la idea panglosiana de que vivimos en el mejor de los mundos posibles, o en otra aún más eficaz: vivimos en el único mundo posible.

En este mundo, mis problemas serían de mi exclusiva responsabilidad. Supuestamente, soy libre de afrontarlos; de mí depende ser un “triunfador” o un “perdedor”, un consumidor o un consumido. En la cámara oscura de la ideología burguesa, la felicidad solo se alcanza desde lo individual. “Mente positiva” y autorresponsabilidad son mis instrumentos. El individualismo se presenta como libertad individual y el individuo se rebaja a la condición de consumidor.

No es necesario insistir en que la vida del capitalismo está condicionada por la capacidad de las fuerzas contrahegemónicas de poner fin a esta forma abyecta de liderazgo ideológico y moral. Subrayemos, en cambio, que las *enfermedades sociales* que genera el capitalismo no solo se expresan como dolencias físicas, sino también, y en medida creciente, como dolencias espirituales, “mentales”. El orden capitalista significa la precarización y la presión laboral, las jornadas interminables de trabajo, el desempleo, la llamada “flexibilización”; la exclusión social y la discriminación por razones de género, raza, nacionalidad, orientación sexual; los pregones individualistas como contrapartida demagógica del aplastamiento sistemático de la individualidad; la explotación de las carencias emocionales; la conversión del cretinismo profesional en un ideal

social; las crisis y las guerras recurrentes e imprevisibles, la destrucción persistente de los cimientos naturales de la civilización; el capitalismo, entonces, marca la subjetividad con hierro candente y tiende a producir padecimientos psíquicos de toda índole: estrés laboral, ansiedad, depresión, desórdenes obsesivo-compulsivos, automedicación, desesperanza, miedo y frustración; consumo creciente de drogas y psicofármacos, autoagresión y suicidio. Según estadísticas de la OMS, cada cuarenta segundos una persona se quita la vida; entretanto, la industria farmacéutica (junto a la industria militar, la de la droga y la del sexo) se afianza como una de las ramas productivas que garantiza de manera más efectiva la reproducción ampliada del capital.

11. En el orden político, el rasgo definitorio de la formación social capitalista es el ejercicio de la violencia por parte del Estado-nación de la burguesía sobre el resto de las clases y grupos sociales. Lejos de constituir un órgano para la conciliación de las contradicciones entre estas clases y grupos, la existencia del Estado constituye una expresión del carácter irreconciliable de estas contradicciones, las cuales sólo pueden ser mantenidas a raya mediante la coerción física y espiritual.

El régimen capitalista lleva a su expresión extrema esta tensión irreconciliable y dota al Estado de múltiples funciones adicionales (y de sus correspondientes instituciones) que le permiten acorazar con hegemonía su carácter eminentemente coercitivo: funciones económicas, relativas a la seguridad social, policíacas, culturales, comunicacionales, científicas, educativas, sanitarias, amén de las eminentemente políticas y jurídicas.

En particular, el Estado burgués, mediante los llamados servicios públicos de salud, asume la tarea de gestionar una parte considerable, en términos cuantitativos, de las instalaciones hospitalarias, el equipamiento médico, los medicamen-

tos y la fuerza de trabajo especializada (médicos, enfermeros, trabajadores de diversas ramas de la salud), los cuales, sobre todo en el llamado mundo subdesarrollado, aunque no solo ahí, y por razones ajenas a su voluntad (la corrupción y la ineficiencia administrativa entre ellas), se ven imposibilitados de ofrecer servicios de calidad y se consumen entre la rutina improductiva y la frustración profesional. Por esta vía, más mal que bien, el Estado contribuye a reproducir (es decir, a preservar vivos con precaria o siempre amenazada salud) a la mayor parte de los portadores de la fuerza de trabajo y del resto de los “electores”, desempleados o marginados.

Las políticas neoliberales, que expresan la esencia del modo capitalista de producción sin afeites y muy pocos maquillajes, apuntan a una progresiva privatización de estos servicios, incluida la atención primaria; a una disminución significativa del gasto gubernamental en salud y en sistemas sanitarios; a una baja drástica en la calidad de la asistencia sanitaria pública, a un incremento del precio de los seguros médicos y a un deterioro de la cobertura básica en caso de enfermedad, maternidad, vejez, incapacidad, muerte, accidentes y enfermedades profesionales; a la vulneración de los derechos de los pacientes y al alargamiento sin fin de las listas de espera; al desmontaje o debilitamiento de los programas de educación básica y de las campañas de saneamiento, vacunación gratuita y, en general, de prevención; elementos todos que, con mayor o menor eficacia, habían caracterizado a los llamados Estados de Bienestar emergentes durante la Guerra Fría.

### **Consideración de coyuntura**

Hemos visto, y se ha dicho, que el Covid-19 ha puesto de rodillas incluso a los países con sistemas sanitarios menos afectados por la rapiña neoliberal, y ha constituido un genuino desastre para la mayoría de los llamados países subdesa-

rrollados y para aquellos, como los Estados Unidos de América, en los que la sanidad privada juega un papel decisivo y no existe una cobertura sanitaria universal.

Quizá como nunca en la historia del antagonismo social, se han puesto de manifiesto las colosales desigualdades sociales vinculadas a lo que Marx llamara *ley general de la acumulación capitalista*, potenciada en la era del *capitalismo monopolista transnacional*, que ha producido una concentración de la propiedad, la producción y el poder que escapa a toda contabilidad.

Las cifras crecientes de fallecidos por la epidemia de turno, y de personas contagiadas que no cuentan con los recursos necesarios para las pruebas de descart, los protocolos de salud y la adquisición de medicamentos, ponen de manifiesto que la inscripción de la cobertura sanitaria

entre los derechos económicos, sociales y culturales llamados de segunda generación no es más que una declaración bonita, y que la creación de un sistema de salud multidimensional que permita a los seres humanos vivir con dignidad en una formación social global dominada por el modo de producción capitalista, no pasa de ser una de tantas quimeras de una sociedad enferma. Bajo el capitalismo —y no solo bajo el neoliberalismo— resulta imposible garantizar la salud integral de la población. En este régimen social, la salud, lejos de ser un derecho, es un privilegio.

---

\*Texto de la ponencia presentada en el XXIV seminario internacional “Los partidos y una nueva sociedad”, realizado en la Ciudad de México los días 26, 27 y 28 de noviembre de 2020.